

Los Libros

DE LO ESPIRITUAL EN LA VIDA HUMANA por *Enrique Molina* (1)

Conocimos al profesor chileno Enrique Molina hace algunos años con motivo de celebrarse en nuestra capital un Congreso Panamericano de Rectores Universitarios. Representaba la Universidad de Concepción, una de las más jóvenes de América, donde su tesonera voluntad, amor a la cultura e ideas bien depuradas sobre estos centros de docencia, ha logrado, sin grandes recursos económicos, levantar un respetabilísimo instituto de saber y de investigación. Esta Universidad de Chile no tiene los millones que dispone la habanera para ser un foco perturbador de la verdadera cultura, una fábrica de títulos deficientes, matizada por su excesivo burocratismo y hueca palabrería. Allá se vive para servir una cátedra. Aquí se sirve una cátedra para vivir. Los maestros de Concepción parece que tienen otros criterios y responsabilidades sobre la función profesional y académica.

Pues bien, don Enrique Molina, maestro de Filosofía, ha escrito una nueva obra que se titula «De lo espiritual en la vida humana», un libro claro, diáfano, erudito sin pesadez, conceptuoso, limpio de estilo y sano de intenciones. Si en este país se leyera esta clase de trabajos recomendaríamos su lectura, sobre todo a los señores que mensualmente reciben un «check» por figurar en las nóminas como catedráticos.

(1) (De «El Siglo» de La Habana, 2 de agosto de 1938).

Hallarle un sentido a la vida, precisar cuales son los valores humanos, en que consiste el progreso, las principales formas del espíritu, la relación entre el alma y el cuerpo, la crítica del pesimismo filosófico y del pesimismo empírico, los irresolubles problemas de la substancia, el antagonismo del instinto y la razón, y otros tópicos de interés supremo para nuestra conciencia, los desarrolla Molina con brillantez y amenidad, sin partidatismo ni preferencias, como un maestro bondadoso que se enteró de todo y nos ofrece un amplio panorama donde escoger rutas para nuestro pensamiento inquisitivo. El autor dice que es una confesión intelectual, lo que a nosotros nos ha parecido un grato curso de filosofía sin brumas y sin asperezas. Desde el espíritu universal que preside las doctrinas de la India hasta las más sugestivas incoherencias de Nietzsche, estas páginas constituyen un paseo bien organizado por quien sabe dirigir las inteligencias hacia las más puras reflexiones.

Entre tantos atisbos y pesquisas, nos agradó sobremanera, ahora que los marxistas han vuelto a estar de moda—ya se sabe que las modas vuelven—el juicio sobre Carlos Marx que Molina expresa de este modo:

«Hay en la personalidad de Marx una dualidad contradictoria. Por un lado se nos presenta el hombre de ciencia, el dialéctico que condena toda declamación en materias económicas y afirma que los procesos de la producción y del trabajo con su secuela de consecuencias sociales se desarrolla en virtud de un determinismo inflexible. Son cosas huecas e inútiles para él los entusiasmos líricos y románticos de los socialistas franceses de su época. La forma de producción, sostiene, se halla condicionada por los medios de producción. Una sencilla herramienta está al alcance de cualquiera, máquinas pueden poseer sólo los capitalistas. Los progresos de la técnica y la introducción de las máquinas como medio de producción han colocado al obrero en una relación de servicio que ha transformado su vida y planteado graves problemas. Observa Marx el

hecho de la acumulación de la fortuna en pocas manos y anuncia que irá en aumento la inflación de los grandes capitalistas y la eliminación por esta misma circunstancias de los pequeños. Han tenido que agudizarse así los intereses de clases del proletariado y su oposición a la burguesía. Pero en virtud de un proceso de concepción derivada de la dialéctica hegeliana este estado de cosas se derrumbará por sí solo. De la propiedad en poder de pocos se pasará rápidamente a la situación contraria, la propiedad en poder de todos. El egoísta afanado en acumular riquezas era para Marx el mejor auxiliar de la revolución que veía venir.

«Pero por otro lado se transforma el pensador austero en agitador popular que hace de la lucha de clases y de la dictadura del proletariado ideales de combate de las masas para obtener la socialización de los medios de producción y la igualdad de una sociedad sin clases. En su carácter de agitador, el apóstol se lanza en invectivas contra los burgueses explotadores, el capitalismo y las iniquidades de la civilización actual.

«Se ve que las dos actitudes son inconciliables.

«Si, como en el primer caso, todo ocurre en virtud de un determinismo ineluctable, no hay para que hablar de injusticias, ni de responsabilidades morales. Nadie es culpable de nada. Los que luchan por la destrucción del régimen capitalista y sus defensores no pasan de ser autómatas lúcidos, velas que tienen conciencia del viento que las mueve.

«Si, como en el segundo caso, es menester que las masas aguerridas vayan violentamente a la conquista del poder y al establecimiento de la dictadura del proletariado para realizar sus ideales, se derrumba el edificio científico recién levantado. A la acción de las leyes sociales incontrastables se sustituye el empleo de las fuerzas de los hombres ejercitadas voluntariamente».

Fueron muchas, no sólo ésta, las contradicciones en que

cayó Marx, vistas a la luz de las especulaciones filosóficas. Y como profeta su descrédito es total. El aseguró que cada día los ricos serían más ricos, y que cada día los trabajadores vivirían en peores condiciones. Ochenta años de desarrollo capitalista ha demostrado que habrán podido los ricos ser más ricos, pero que las condiciones de vida del trabajador han mejorado tan notablemente, y la justicia social ha ido impartándose de tal modo, que el mismo Marx no pudo sospechar nunca llegasen los obreros a ganar los jornales y a obtener las protecciones legales que hoy les asisten, sin necesidad de caer en las violencias y crímenes de la Revolución Social; y donde ésta ha ocurrido, como en Rusia, les ha ido peor a los propios trabajadores

Por eso, en reciente artículo, ya decíamos que si los líderes marxistas querían acusar al capitalismo de una mala distribución de la riqueza, los capitalistas a su vez, pudieran acusar a los prosélitos de Marx, tomando como ejemplo sus hazañas en Rusia, en México, y donde quiera que brotó el germen soviético, de una mala distribución de la miseria.

Importantísimo es el factor económico en el progreso y en la historia de los pueblos. Pero no es el único, ni el exclusivo. Hay otros también de vital transcendencia: el geográfico, el racial, el religioso, el educacional, el que crean las instituciones políticas, las vicisitudes históricas que mueven las simpatías o los rencores entre los pueblos, todos los cuales van formando un espíritu superior y característico, lo mismo en los individuos que en las colectividades. Reducir nuestra vida a un jornal más alto o más bajo, a creernos dueños de todos los medios de producción, de toda la tierra, y de todas las nubes, cuando precisamente empezamos a no ser dueños de nada, según lo establecido en ese ilusorio paraíso de los proletarios; reducir nuestras aspiraciones humanas a una comida igual, a un lecho igual, a un abrigo igual, es llevarnos lentamente al suicidio, a la igualdad de Procusto, a la indiferencia sin estímulos, peor

que la muerte. Amamos y luchamos en la vida por el sentido agonístico que ella tiene, por sus grandezas y por sus miserias, por sus encantos y por sus tragedias. El día que no quede un burgués sobre el planeta tendremos que improvisarlo nuevamente. Pero esto no lo pueden comprender los «románticos» del marxismo que nos anuncian una fraternidad universal a la sombra de un trapo teñido de sangre y a los compases de un himno de odio y destrucción.

La mejor aptitud que reconocemos en el profesor Molina, amén de su equilibrio mental, es la ausencia de bandería o partidatismo al exponer sus ideales. Así deben ser los verdaderos intelectuales, muy distintos a los que se nos ofrecen por estos ardientes trópicos.—ANTONIO IRAIZOZ.



LA PARASITOLOGIA EN VENEZUELA Y LOS TRABAJOS DEL DOCTOR NUÑEZ TOVAR, por el *Dr. Diego Carbonell*.—Litografía y Tipografía del Comercio,—Caracas, 1938.

Para el doctor Carbonell es en la práctica del *piache* o *mohanes*, según Rodríguez Rivero, donde es necesario investigar los orígenes de la parasitología americana; *piaches* o *mohanes*, especies de curanderos o médicos, en su acepción más general para fray Baltasar de Lodares, y para Rodríguez Rivero, hechiceros o sibilistas; *sibilinos* prefiere Carbonell. Sin embargo, el médico venezolano no considera al *piache* precursor del parasitólogo, ya que este personaje poseía «todos los atributos seudos-científicos del sacerdote» y porque a la parasitología de nuestro tiempo no han allegado ningún concepto que sirva como vehículo relacionador entre ésta y ellos. Igual que Paracelso, «el eunuco o lo que fuera», lo llama Carbonell, tampoco «podría iluminar los senderos actuales de las ciencias